

Colección

VIDA CRISTIANA

5

Carlos González C.

Formación de personas
y de Comunidades cristianas

Ediciones Paulinas

I. LA FORMACION CRISTIANA

A. *La formación cristiana*

Es fácil darse cuenta de que existe bastante confusión sobre lo que es la formación de personas o comunidades.

Existen activistas que venden ideas cómo quien vende una mercadería. Existen proselitistas que tratan de imponer y presionar para inculcar su modo de entender la vida o la religión. Es posible encontrar personas que repiten frases aprendidas de memoria o ideas que han escuchado a sus mayores. No es raro ver un padre de familia, con excelente buena voluntad, que en forma autoritaria, impone su modo de pensar a su hijo. Con frecuencia se encuentran educadores —religiosos o civiles— que entregan orientaciones, sin lograr relacionarlas con la vida real de quienes desean formar.

El formador verdadero es alguien muy diferente a un activista, a un proselitista o a un dictador. No es un repetidor de fórmulas o alguien que vive fuera de la vida real.

La formación, para quienes queremos ser cristianos, es una invitación, es un llamado cordial a descubrir la persona viva de Jesucristo para que El logre darle sentido e iluminación a la vida integral de cada persona y de toda la comunidad.

Formar, en términos cristianos, consiste en mostrar de una manera viva, personal y convencida, a Jesucristo. Es presentarlo como un ideal vivo, interesante y valioso. Es abrir una dimensión de fe a toda la vida y a todas las actividades.

La formación de personas y comunidades presenta al Señor como camino, como verdad y como vida. Se trata de presentar a Jesucristo para que El ayude a una integración armoniosa y completa de todos los valores humanos con todos los valores cristianos. Es colaborar en el pleno desarrollo de la vida cristiana injertada en la vida humana.

Es lograr que la persona, la vida y la fe se hagan una sola realidad en el mundo y en el tiempo en que se vive.

Formar es ayudar a descubrir caminos nuevos, es facilitar una verdadera integración en Cristo, en el Evangelio. Es colaborar en el real crecimiento de las personas.

Nunca será una imposición ya que la verdadera formación es sólo una invitación discreta a encontrarse con Cristo, el único Maestro con mayúscula que aceptamos los cristianos. El es el único que puede formar personas y comunidades con pleno derecho y todos nosotros podemos ayudar a ese descubrimiento si somos sinceramente cristianos. Podemos también estropear la verdadera formación al no presentar el rostro verdadero de Jesucristo con nuestra falta de verdad o por nuestras limitaciones.

B. El verdadero formador de personas

El verdadero formador de personas necesita poseer tres condiciones previas:

En primer lugar, se le pide el respeto por las personas que evita la dominación y la anulación del otro. Cada ser humano es una nota alegre del himno de la creación y es necesaria una gran delicadeza y respeto para tratar de entender la obra maravillosa de Dios que es cada ser humano, ya sea joven o anciano, rico o pobre, hombre o mujer.

En segundo lugar, se le exige conocer el mundo y la vida que nos rodea. Se le pide entrar en las mentalidades, en los diversos ambientes. San Pablo lo expresa muy bien al escribir: "Me hice todo para todos para salvarlos a todos" (1 Cor. 9,22), y así fue un gran educador en la fe.

Y en tercer lugar, al verdadero formador se le exige conocer y amar a Jesucristo. Se le pide una vivencia real del Evangelio y un deseo sincero de mostrar el rostro del Señor en total verdad.

Conocer a Cristo, entender y respetar las personas y la vida, son las condiciones previas en un formador cristiano.

Con esas tres condiciones previas, es posible dar algunos pasos importantes para lograr una comunicación verdadera, un diálogo real con las personas. Son las normas básicas de las relaciones humanas que, al ser olvidadas, acarrear graves daños y evitan una verdadera formación.

El verdadero formador es aquel que se aceptó a sí mismo, con sus limitaciones y defectos. Es un hombre o una mujer reconciliado consigo mismo. Es alguien maduro en el pleno sentido de la palabra. Es aquel que ha puesto la seguridad en Jesucristo, es quien está construyendo su vida con humildad. Sabe que está en camino hacia la casa del Padre y

Las grandes necesidades: amar y ser amado, darle sentido o significación a la vida y crear o imaginar algo nuevo. En otras palabras, el ser humano necesita amor, trabajo y fe en algo o en alguien.

La verdadera formación ayuda a dar respuesta a estas tres grandes interrogantes a través de una comunidad.

Todo grupo humano, ya sea familia, iglesia, club, partido político, pueblo o ciudad, siempre tiende, a lo mejor sin saberlo, a darle respuesta a estos tres problemas fundamentales.

El amor, el trabajo y la fe crean las formas posibles de comunidad. La crisis y la desintegración de las comunidades, sean del orden que sean, se produce al no encontrar respuesta a estas necesidades fundamentales.

Sin una relación de amor, sin vida afectiva, no existe una comunidad porque el amor hace el nexo entre las personas. De igual manera, una comunidad incapaz de crear una vida interesante es un grupo humano sin futuro porque muere de cansancio y de aburrimiento. Finalmente una comunidad que no logra darle sentido o significación, sin una fe capaz de motivarla, es siempre una comunidad que se muere.

Estas reflexiones valen para todas las formas posibles de comunidad, pero en estas páginas sólo nos referimos a las comunidades cristianas.

La idea de Comunidad Cristiana de Base, el gran futuro de la Iglesia, necesita tener muy en cuenta estas tres grandes aspiraciones humanas. De igual manera, una formación personal que no se proyecte

en este sentido será necesariamente una formación frustrada.

Lo personal se orienta hacia lo comunitario y viceversa. Son realidades complementarias y simultáneas que constituyen, en un todo, lo que se llama la educación integral de la fe.

Trabajar en la formación de comunidades es darle respuesta al amor, al trabajo y es darle sentido a la vida. Es crear condiciones para que el amor, el trabajo y la fe puedan expresarse y crecer hasta llegar a una plenitud verdadera.

Por perder de vista estas tres grandes realidades o por no saber orientar estos tres grandes problemas nos encontramos con comunidades cristianas sin destino y sin futuro. Se han limitado a "hacer cosas" o a repetir ritos litúrgicos y estas situaciones, a corto o a largo plazo, terminan en fracasos dolorosos.

Formar comunidades cristianas, igual que la formación personal, es ayudar a descubrir la presencia de Jesucristo para que El le dé sentido y valor al amor humano, a las relaciones de unos con otros.

Es mostrar a Jesucristo para que él le dé sentido a la vida humana, a la familia, al trabajo, al sufrimiento, al éxito y al fracaso.

Jesucristo prometió su presencia entre quienes se reúnen en su nombre. La formación de comunidades es hacer presente el amor de Dios entre los cristianos. Es hacer crecer la solidaridad, el respeto, la fraternidad entre quienes viven cerca, unidos por los lazos del trabajo, de la familia, del barrio, del deporte o lo que sea.

La formación de comunidades, si se toma en serio, significa entrar en los grandes problemas humanos. Es penetrar, más allá de las ideas abstractas, en el corazón del hombre, en las relaciones humanas, en las tensiones que viven las comunidades. Es difícil, pero realmente interesante.

Formar personas y formar comunidades es la mejor síntesis pastoral de toda la acción de la Iglesia.

El trabajar en profundidad, a largo plazo. Es darle una dimensión valiosa a la acción sacerdotal, a la catequesis, a la vida sacramental.

Formar personas y comunidades se llama evangelización.

Aquí está el porvenir de la Iglesia.

La formación de comunidades trae una consecuencia muy importante en la vida de la Iglesia. Significa llevar a la práctica esa palabra tan difícil de precisar que se llama participación.

Es penetrar en la diversificación de los ministerios al darle una real ingerencia al pueblo de Dios. Es romper con esa especie de monopolio eclesiástico que suele haber en nuestras iglesias locales.

Es la aceptación sincera de personajes no sacerdotes: el diácono casado, la religiosa, el ministro, el catequista.

Por estas razones, y conviene repetirlo: aquí está el porvenir de la Iglesia.

II. JESUCRISTO Y LA FORMACION DE PERSONAS Y DE COMUNIDADES

A. *Importancia que Jesús le dio a la formación de personas*

El Señor dedica gran parte de su tiempo a:

a) Buscar encuentros.

El Evangelio nos narra que Jesús "recorría todas las ciudades y pueblos, predicando en las sinagogas, proclamando la Buena Nueva" (Mt. 9,35).

"Caminando por la ribera del Mar de Galilea vio a Simón y a Andrés echando las redes y les dijo: "Venid conmigo, os haré pescadores de hombres" ... (Mc. 1,16-17).

"Mateo, deja eso y ven conmigo..."; El caso de Zaqueo...; las largas conversaciones con Nicodemo... (Mc. 2,13-14). (Lc. 19,1-10). (Jn. 3).

b) Oír sin impaciencia.

"¿De qué discutían por el camino? Ellos callaron, pues por el camino habían discutido entre sí quién era el mayor... Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y servidor de todos..." (Mc. 9, 33-35).

Sin perder la paciencia, de una inquietud infantil e inmadura, los lleva a un pensamiento profundo. Con perseverancia aprovecha toda oportunidad para educar, para hacer madurar y hacer crecer.

c) Sembrar nuevas perspectivas.

En un mundo en que los valores eran el poder, la fuerza, la riqueza, viene Jesús a proclamar que en su Reino será bienaventurado el humilde, el débil, el pobre, el que sufre... es toda una nueva dimensión de vida, un nuevo concepto de valores.

d) Acompañar la maduración de la fe.

Envió a los discípulos por poblados y caminos, dándoles instrucciones, animándoles para entrenarlos, para ayudarlos a crecer en la fe y en el compromiso (Mt. 10; Mc. 6,7 ss.).

Los talentos, los dones recibidos no son para sí, ni para guardarlos —fuera la falsa modestia y la humildad mal entendida—; los talentos que cada uno ha recibido son para hacerlos fructificar en el servicio a los demás.

e) Abrir horizontes en cambios de vida personal y social.

Supo llegar al corazón de las personas. A la Samaritana le pide un poco de agua y de esa simple conversación la impulsa a un cambio de vida.

Llama a los que están cansados por los tropiezos y sufrimientos y les dice que tomen su yugo que es suave y su carga que es ligera...; que aprendan de El que es manso y humilde de corazón... “y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt. 11,25-30).

A una pecadora pública la ayuda a transformarse en una virtuosa y apostólica mujer “porque amó mucho...” (Lc. 7,36-50).

Supo descubrir la riqueza interior que Dios había depositado en cada una de las personas con quienes se encontró y así proyectarlas a una transformación profunda que significó “conversión”.

Su trato, su lenguaje, y mensaje mostraban respeto al mundo de ser diferente en unos y otros. Siempre atendió al problema que vivía cada persona sin imponer un orden de ideas distantes del oyente.

En una palabra, Jesús es el “Buen Pastor” que busca a cada persona y la llama, llegando cada una a conocer Su Voz y seguirlo fielmente.

¿Vivimos nuestro apostolado siguiendo el ejemplo de Jesús?

Nosotros cristianos, obispos, sacerdotes, religiosas, militantes laicos, ¿qué importancia estamos dando o qué tiempo dedicamos a servir a quienes desean avanzar en el camino de la formación personal?

B. *A quienes dio mayor tiempo Jesús*

Ciertamente dio una especial atención a Pedro, a Santiago, a Juan y a los apóstoles. Después atendió particularmente a Pablo, a quien transformó de perseguidor de los cristianos en apóstol de las gentes.

Cristo se preocupó a fondo de algunos. Fueron los 12 Apóstoles que se constituyeron en los jefes de las primeras comunidades cristianas.

El Señor buscó como multiplicar su acción formadora a través de hombres que prolongaran su misión y su evangelio.

Esta "preferencia", este escoger a algunos "elegidos" no significó un simple cálculo humano de mayor rendimiento. Fue reconocer que Dios llama a algunos para una tarea mayor y para una mayor responsabilidad.

Cristo dio gracias especiales a unos pocos para el beneficio de todos. Dio amistad, apoyo, mejor formación a un grupo pequeño pensando en el bien de todos.

Ellos así lo entendieron, y después de su Resurrección, llevaron esta misma acción formadora a otros pueblos y naciones, y así nacieron las comunidades cristianas de la primitiva Iglesia.

Jesucristo será siempre el ejemplo y el modelo en la formación de personas y de comunidades cristianas.

El logró hacer de su vida un servicio permanente y así formó más con el ejemplo que con las palabras.

Nos muestra una relación personal y adulta con los apóstoles. Hace confianza y cree en ellos. No es un ingenuo o un iluso. Conocía y sabía de las limitaciones y capacidades de ellos. Es amigo personal de cada uno.

El sigue presente hoy en el Evangelio, en los sacramentos. Hoy día El nos da la capacidad, la fuerza y la gracia, de continuar la formación de personas y de comunidades.

El Señor es y será nuestra fuerza y nuestra seguridad.

III. LA SUPERACION DE LAS DIFICULTADES

Las deficiencias de la formación cristiana y de nuestras comunidades son deficiencias bastante visibles para quien analiza con algún cuidado lo que sucede.

Lo importante suele ser anulado por lo urgente.

Lo que es medio fácilmente se confunde con lo que debe ser fin. Lo externo impide llegar al corazón de las personas. Muchas veces las comunidades o las personas viven "para la exportación" y no afrontan los verdaderos problemas.

Nuestros defectos y limitaciones nos alejan de una posibilidad seria de formación. Las personalidades posesivas, los caracteres personalistas y los temperamentos inconstantes constituyen grandes obstáculos para formar personas y comunidades.

El padre de familia demasiado aferrado al pasado no logra entender la mentalidad de sus hijos y no puede ayudarlos como él quisiera hacerlo.

El educador que no capta la mentalidad de la juventud no podrá formar a ningún joven en forma cristiana.

Proyectamos lo que pensamos y lo que somos. Nuestras mentalidades influyen de una manera decisiva en la formación de quienes están cerca de nosotros.

Aquel que entiende la vida cristiana fundamentalmente sólo como una espiritualidad inevitablemente entregará una formación espiritualista, desencarnada de la vida y sin respuesta a los problemas concretos de la vida real. Por el contrario, el otro que vive en su vida cristiana principalmente centrado en los valores temporales y utiliza la fe al servicio de su ideología caerá en el extremo opuesto al dar una formación temporalista en que la fe queda subordinada a la sociología o a otros valores temporales.

El cristiano que tiene una fe o una vida cristiana parcializada o no bien integrada dará necesariamente una formación limitada y parcial.

Fue, a modo de ejemplo, la realidad de tantos educadores que por insistir demasiado en el sexto mandamiento hicieron del sexo el centro de la religión. Sucedió que el precepto de la caridad, el corazón del cristiano, pasó a un plano secundario.

Un cristiano sin alegría, con una fe vacilante e insegura, con poca esperanza muestra, sin quererlo, un cristianismo opaco, triste y poco alentador. Al revés, el cristiano de fe profunda, de esperanza firme entregará una fe y una vivencia alentadora y optimista.

La formación de comunidades y personas, toda la educación integral de la fe, es una realidad vital en que las comunicaciones se realizan en gran parte por lo que se es y en mucho menor grado por lo que se habla.

Por esta razón una de las grandes dificultades está radicada en la falta de esperanza, en creer poco en lo que se hace, en dudar del valor de la educación de la fe. Es lo que se puede llamar la crisis de la

esperanza. Es trabajar sin amor, con un corazón sin esperanza.

Es la angustiosa dificultad de quienes soñaban hacer grandes cosas y descubren en la mitad de su vida que han podido realizar muy poco. Tal vez soñaban con cambiarlo todo y se ven deprimidos por las asperezas del diario vivir, por las incomprensiones, por la lentitud de los cambios.

¿Qué hacer frente a las dificultades y como entrar en los caminos de superación?

Sencillamente, volver a lo fundamental. Caminar nuevamente al encuentro con Jesucristo Resucitado, redescubrirlo y encontrar fuerzas en El, en su bondad y en su amor.

Redescubrir a Jesucristo es el trabajo de siempre. Es evitar que El se transforme sólo en una idea o en un argumento y es mantener con El una relación viva y personal.

Redescubrir a Jesucristo significa oración. Es crecer más y más en su conocimiento, en su amor. Fue el gran secreto de San Pablo quien vivió enraizado y sustentado en la persona del Salvador por quien todo lo juzgó secundario. Hizo de su vida un permanente redescubrir a Jesucristo.

Volver a lo fundamental es redescubrir y revalorizar las personas y las comunidades. Es recuperar la fe y la confianza en las personas, en sus valores, en su recta intención. Significa querer a quienes Dios nos pone en el camino. Significa reabrir diálogos y, creer en la persona humana. Es hacer confianza una y mil veces porque el amor y la fe superan toda dificultad.

Es redescubrir la comunidad y la fuerza que significa un grupo de cristianos que buscan el rostro de Jesucristo en común.

Retornar a lo fundamental es creer y apoyarse en la gracia de Dios más que en los méritos nuestros. Es aceptar que no hay nada imposible para Dios y que todo es posible para El.

Se requiere con este regreso a lo fundamental, también reflexionar sobre nuestros métodos de trabajo, sobre nuestra claridad para distinguir lo importante de lo urgente, el fin de los medios. Es sano revisar nuestras relaciones humanas y despojarlas, en lo posible, de la prepotencia, del espíritu personalista o posesivo.

Entonces será posible superar la crisis de la esperanza.

La esperanza renace al redescubrir al Señor que le da sentido a la vida. La esperanza renace al creer y al valorizar las personas y las comunidades.

El amor nace cuando la vida tiene sentido y hay una razón por qué luchar.

Gracias a Dios siempre hay por quien luchar y a quien amar y siempre es posible renacer y redescubrir la vida y el amor.

Se renace a la esperanza con un corazón humilde y despojado de sí mismo. Se renace al amor al dejarnos inundar por el amor de Dios, por su gracia.

Estas reflexiones están destinadas a ayudar a vivir la vocación fundamental de todo cristiano que debe ser formador de personas y de comunidades.

Que la Virgen María, la madre del amor y de la santa esperanza, ayude a la Iglesia a darle a esta tarea formadora la importancia que debe tener.

Carlos González C.

Obispo de Talca

Mayo 1974

INDICE

	<u>Pág.</u>
Introducción	5
I. LA FORMACION CRISTIANA	7
a) La formación cristiana	7
b) El verdadero formador de personas	8
c) La formación de comunidades cristianas	11
II. JESUCRISTO Y LA FORMACION DE PERSONAS Y DE COMUNIDADES	15
a) Importancia que Jesús le dio a la formación de personas	15
b) A quienes dio mayor tiempo Jesús	17
III. LA SUPERACION DE LAS DIFICULTADES	19